

X.

La Biblia no es ni puede ser la regla de fe.

La Biblia es verdaderamente la palabra de Dios. Nosotros los católicos lo sabemos tanto y aun mejor que los protestantes. Todo lo que contiene la Biblia, es una enseñanza divina; y sin embargo la Biblia no es ni puede ser regla de fe, en el sentido que lo pretenden los protestantes.

1º La Biblia no puede ser la regla de fe, porque Jesucristo no ha dicho á los Apóstoles: "Id y distribuir Biblias," sino lo siguiente: "Id y enseñad á todas las naciones; quien os oye á mí me oye." "El Cristianismo, dice el protestante Lessing estaba ya propagado, antes de que ninguno de los Evangelistas se pusiese á escribir la vida de Jesucristo. Rezábase el *Padre nuestro* antes que lo escribiese San Mateo, porque el Divino Maestro le había enseñado de *palabra* á sus discípulos, quienes de *palabra* le habían transmitido á los primeros cristianos. Bautizábase en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, antes de que el mismo San Mateo consignase esta fórmula por escrito en su Evangelio; y se hacía así porque Jesucristo la había prescrito verbalmente á sus Apóstoles." (*)

Esta primera prueba, que es una prueba de hecho, vale bien por cualquiera otra; y los protestantes no han encontrado nunca nada razonable que oponer á ella.

2º La Biblia no puede ser la regla de la fe, porque basta repasar los libros santos y especialmente los del Nuevo Testamento, para conocer que ellos no son un Catecismo, es decir, una enseñanza religiosa, clara y completa. Los Evangelios, los hechos de los Apóstoles, y en general todos los libros históricos, son únicamente relaciones religiosas, presentadas á la edificación de los fieles.

Las epístolas de San Pablo y de otros Apóstoles, son fragmentos particulares que tratan éste ó el otro punto de doctrina separadamente; y las más de las veces son res-

(*) Lessing, *Bestrage fur Leschichte nud.* Tomo IV, pag. 182.

puestas á preguntas particulares ó alusiones á ciertos errores que ya no existen en el día. Los salmos, son ante todo, preces; y los libros de los profetas anuncios de la venida de Jesucristo y de los grandes destinos de su Iglesia. Jamás pretendieron los Apóstoles ni los demás autores sagrados, dar estos fragmentos escritos como un código de completa enseñanza, ni como fórmula de creencia. Esto es evidente, y salta á los ojos desde la primera lectura.

"Los Apóstoles, dice el célebre protestante Grocio, no tuvieron la intención de exponer detalladamente en sus Epístolas las doctrinas necesarias para salvarse. Las escribían *ocasionalmente* con motivo de las cuestiones que se les presentaban." (1)

3º La Biblia no puede ser la regla de fe, porque ella contiene una multitud de pasajes difíciles, los cuales por su divina profundidad, superan aun á las inteligencias más ilustradas. Los esfuerzos de los doctores de la Iglesia para penetrar el sentido de aquellos pasajes, esfuerzos que frecuentemente no han dado el apetecido resultado, son prueba suficiente de cuan difícil es comprender las Santas Escrituras. El mismo Lutero dijo: "Es cosa *imposible* profundizar el sentido de las Escrituras. Solamente podemos tocar en su superficie. Comprender su sentido, fuera maravilla. Hagan los teólogos cuanto quieran y puedan, siempre será una empresa superior á nuestra inteligencia, penetrar el misterio de la palabra divina. Sus sentencias son el soplo del Espíritu de Dios, por lo que desafían á la inteligencia del hombre." (2)

¿Pues qué se debe pensar de una regla de fe que por confesión de Lutero y de una multitud de protestantes, en lugar de explicar la fe, tiene ella misma necesidad de difíciles y largas explicaciones? Por lo demás, si les ocurriere á los protestantes negar las dificultades inherentes á la interpretación de la Biblia, sus mismas interminables disputas y disidencias sobre casi todos los textos del sagrado libro,

(1) Hugo Grocio, Ep. 582.

(2) Audin, *VIDA DE LUTERO*, tomo II, pag. 339.

hablarían con demasiada claridad. Pero aun hay otra cosa todavía más notable; y es que los pasajes más sencillos y más claros de las Santas Escrituras, son cabalmente los que han suscitado entre los protestantes más disputas y divisiones. Se han contado más de doscientas interpretaciones protestantes de estas cuatro palabras dichas por Nuestro Señor Jesucristo en la noche de la cena: *Este es mi cuerpo*.

4º En fin, la palabra de Dios contenida en la Biblia, no es ni puede ser la regla de fe para los cristianos: porque si lo fuera, la religión cristiana no sería la religión de los pobres y pequeñuelos, que cabalmente son aquellos á quienes Nuestro Señor Jesucristo amó con predilección. Pero este punto es digno de tratarse aparte.

XI

El protestantismo no es ni puede ser la religión del pueblo.

No, el protestantismo no se ha hecho para el pueblo. Jesús ama á los pobres y á los humildes; pero el protestantismo, dando por regla fundamental de fe la lectura de la Biblia, excluye del cristianismo al pueblo. En efecto, los pobres ó no saben leer y entoncès ¿de qué les sirve un libro? ó saben leer, pero no tienen tiempo para hacerlo, porque el trabajo de mano les absorbe todo su tiempo. Y ¿qué es un libro para el que no tiene tiempo de leer? Si el protestantismo tuviera razón: si para salvarse fuera necesario leer la Biblia, “en tal caso, dice el citado Luterano Lessing, cuanto os compadezco ¡oh hombres nacidos en países á cuya lengua no ha sido traducida la Biblia, ó que estais en tal condición social que por falta de conocimiento no podeis leerla, aunque la tengais traducida á vuestro idioma! Os creéis cristianos, porque estais bautizados. ¡Infelices! ¿No veis que es tan necesario saber leer como haber recibido el bautismo? Además temo que neciteis aprender el hebreo para estar seguros de que salvareis vuestras almas.”

Nótese que durante los quince primeros siglos del cris-

tianismo, es decir hasta la invención de la imprenta, casi nadie sabía leer en el pueblo; [1] y que sería absurdo suponer que todos los que hallándose en ese caso vivieron hasta entonces, carecieron de los medios de llegar á la fe. Nótese además que según informes de las mismas sociedades protestantes, *es absolutamente imposible* traducir la Biblia en ciertos idiomas, porque éstos no tienen palabras para representar la mayor parte de las ideas contenidas en los libros santos. De manera que según esta confesión de los mismos protestantes, resultarían naciones enteras, que jamás pudieran llegar á la fe, si la fe se ha de formar por la lectura de la Biblia. ¡Qué absurdo!

Pero aun cuando todos los pobres supiesen leer ¿habrían con eso adelantado gran cosa? A cada paso, como acabo de demostrar, se verían embarazados en cada verso. Ni se diga que basta al pueblo que los pastores le lean y expliquen una vez por semana la Sagrada Escritura en sus prédicas. Las explicaciones no son más que opiniones personales, que no descansan en ninguna autoridad y que varían según el capricho de cada cual. Esa no es la palabra de Dios, sino la palabra del ministro protestante Fulano ó la del ministro protestante Zutano, cosa muy diferente.

Que el pueblo, pues, sepa ó no sepa leer, resulta siempre ser imposible que la Biblia le sirva de regla de fe. Si Dios hubiera establecido semejante regla, habría excluido de su Iglesia y de la salvación eterna á casi todos los hombres. Pensar así es una impiedad en que ningún verdadero cristiano incurrirá nunca.

Luego el protestantismo que nos viene á decir: “Tomad y leed mi Biblia: no necesitais ni Iglesia ni sacerdote: contentaos con sola la palabra de Dios contenida en la Escritura,” no puede ser la religión del pueblo; y por consiguiente no puede ser ni es el verdadero cristianismo, porque el verdadero cristianismo es la religión para todos.

(1) En la misma Inglaterra, hasta el siglo XIII, eran tan pocos los que sabían leer, que para obtener el indulto de algún reo de la pena de muerte, bastaba alegar: “SABE LEER COMO UN CLERIGO. (Traductor.)

XII.

Es imposible para un protestante saber si la biblia que lee es la palabra de Dios.

Desafío á todos los protestantes pasados, presentes y futuros á que me demuestrén, sin faltar á sus propios principios, que la Biblia es verdaderamente la palabra de Dios.

Para mí que soy católico, la cuestión está resuelta. Yo sé lo que es la Sagrada Escritura. La Iglesia de Dios, autoridad infalible y viva, que Jesucristo ha establecido sobre la tierra, para hacerme conocer y practicar la verdadera fe, me presenta los libros santos y me dice en nombre de Jesucristo: "Estos libros son escritos por los Profetas y los Apóstoles. Ellos no solamente son auténticos, esto es, que no sólo son de los autores á quienes se atribuyen sino que son inspirados; es decir, que están escritos con la asistencia del Espíritu Santo; y contienen verdaderamente la palabra de Dios." Esto me dice la Iglesia; y yo, lógicamente en mi fe, digo y creo que la Biblia es la palabra de Dios.

Pero el protestante que rechaza la autoridad de la Iglesia, no puede discurrir así. Mudo se queda con la Biblia en la mano, cuando se le pregunta, porque cree lo que ese libro se contiene.

I. Preguntémosle primero ¿si los libros de la Biblia son auténticos, y cómo sabe él que están escritos por los Profetas y Apóstoles cuyos nombres llevan?

Sobre este punto nacen cuestiones históricas, muy embrolladas, y muchas de ellas, insolubles para la simple ciencia humana. "Cada individuo, dice el profesor protestante Schoerer, es invitado aquí á fallar en materias sobre las cuales difieren los doctores." El más sencillo de los fieles antes de estar seguro de su fé, debe resolver cuestiones de *autenticidad*, de *crítica*, y de *historia*. . . . ¡Qué base para la sólida fe de los fieles! ¡Qué regla para la masa del pueblo cristiano." (*) Nosotros los católicos no tenemos n

(*) Schoerer, LA CRITICA Y LA FE.

cesidad de entrar en ese laberinto; pues la Iglesia nos afirma la autenticidad de la Sagrada Escritura, recibida y transmitida de siglo en siglo por la tradición de la misma Iglesia.

II. Pero aun en la hipótesis imposible, de que un protestante, pudiera saber ciertamente que los libros santos son auténticos, esto es, que todos ellos están escritos por los sagrados autores á quienes se atribuyen; ¿cómo sabrá este protestante que esos libros, son verdaderamente inspirados, que no son libros como cualesquiera otros?

No es imposible que San Pablo, San Juan ó San Mateo, hayan escrito una porción de cartas, y aun otros tratados de religión, que no fuesen inspirados. En este supuesto, sin el juicio infalible de la Iglesia, ¿cómo se distingue lo inspirado de lo no inspirado?

Si dice el protestante, que el Espíritu Santo asiste á todos los cristianos para hacer este discernimiento, yo le replicaré: ¿entonces cómo es que entre los mismos protestantes hay tan poco acuerdo sobre este punto? ¿cómo es que Lutero rechaza tal ó cual libro que venera Calvino? Y ¿cómo los sectarios de hoy admiten libros que despreciaban sus mayores, por ejemplo el de Tobías, el de Ruth, el de Esther, la Epístola de Santiago, la de San Pablo á los hebreos etc? Aun sobre los cuatro Evangelios, no hay concordia entre los protestantes; y actualmente sucede que uno de sus ministros sólo admite el Evangelio de San Mateo y otro solo el de San Juan.

Si hay alguna cuestión fundamental, es esta de la *certidumbre* de la inspiración de los libros santos; y ella aldrá á cortar el paso á los protestantes, desde que ellos quieran raciocinar con arreglo á la lógica. He aquí un *ance mortal*, para el protestantismo.

Así es que muchos protestantes que quieren ser lógicos, viendo todo el edificio de su pretendida religión basado en un dudoso cimiento, pierden poco á poco las creencias que les quedaban y caen en el racionalismo ó en la indiferencia.

III. Concluyamos con una tercera reflexión. Aun poniendo gratuitamente que un protestante pudiera llegar

á tener certidumbre de la autenticidad y de la inspiración de la Biblia, ¿cómo sabrá él que la traducción de que hace uso, y de la cual él mismo distribuye ejemplares, es *perfectamente* fiel; ó que por el contrario en esa traducción, cosa que frecuentemente sucede, no se dá el sentir erróneo del traductor, en vez del sentido verdadero y no comprendido del original?

Sobre esto hay que notar dos cosas: la primera que pocas personas saben el hebreo, á lo menos lo necesario para traducirle; y la segunda, que se ignora cual era la lengua en que algunos de los libros santos fueron originalmente escritos.

Lo repito, para nosotros los católicos, ninguna de éstas es dificultad, porque tenemos á la Iglesia que nos las ha resuelto; pero á los pobres protestantes, no sabiendo como salir del paso, no les quedan más que dos callejuelas, ó abandonar la partida, no ocupándose más de Biblia, de fe ni de religión; ó entregarse á largos y pesados estudios, en que careciendo de guía, llegan en fin por la senda de la duda á la negación de toda verdad. Esto es si quieren ser consecuentes á su falso principio del libre examen. Si no, echándole á un lado, creen en la inspiración de la Biblia, que el protestantismo es impotente para demostrarles, nada mas que por la *tradición católica*. Estos tales, cuyo número es grande, en cierto modo y hasta cierto punto, son católicos sin saberlo.

Cada vez que un protestante apela á la autoridad de la Biblia, invoca á su pesar la autoridad de la santa Iglesia católica, porque sin el infalible testimonio de esta Iglesia, es imposible demostrar la inspiración divina de la Escritura. *Evangelium non crederem*, decía San Agustín en el siglo IV, *nisi me commoveret Ecclesiae Catholicae auctoritas*. “Yo no creería en los Evangelios, si no me obligase á ella la autoridad de la Iglesia católica.”

XIII.

Hasta donde puede llevar el principio protestante que dá la Biblia como regla de fe.

Si la Biblia interpretada, conforme á la pretendida inspiración de cada lector, fuese la regla de fe, cada cual estaría obligado á creer y hacer aquello que se le figurase encontrar en la Biblia.

De consiguiente, según ese falso principio, que es la base del protestantismo, los protestantes no pueden menos de aprobar las abominables y torpes locuras de tantas sectas que se apellidan evangélicas, desde la de los *anabaptistas*, hasta la de los *mormones*; las cuales se atreven á apollar sus infamias, en textos no comprendidos de la Sagrada Escritura. Además, los protestantes están obligados á reconocer por legítimos hermanos suyos, por buenos y lógicos protestantes, á esos anabaptistas, á esos Mormones, á esos innobles sectarios que son el oprobio de la humanidad.

¡Cuántas torpezas no han tomado por pretexto aquella palabra: “Creced y multiplicaos!” Los anabaptistas de Munster, y tras ellos otros muchos, sacaron de allí que podían ejercer la poligamia. Lutero, Bucero y Melancton, sacaron de no sé que otro pasaje del Evangelio, que podían permitir á Felipe, landgrave de Hesse, tener dos mujeres á la vez.

Siempre en nombre de la Escritura y de la palabra de Dios, Lutero excitó á los campesinos de Alemania á rebelarse contra los príncipes; y después, espantado de su propia obra, excitó á los príncipes para matar á los campesinos. Juan de Leyde descubrió, leyendo la Biblia, que debía casarse con once mujeres simultaneamente. Hermann vió en ella, que él era el Mesías enviado de Dios. Nicolás, que todo lo que se refiere á fe no es necesario; y que es necesario vivir en pecado, para que sobreabunde la gracia. Symson pretende leer en la Biblia, que se debe andar desnudo por las calles, para mostrar á los ricos que deben despojarse de todo. Ricardo Hill, halla también en ella, que el

adulterio y el homicidio son cosas que operan para el bien; añadiendo que si á estos crímenes se añade el incesto, el que los cometa se hace más santo en la tierra y goza más en el cielo.

Lo confiesan los mismos protestantes honrados; no hay crimen ni abominación que no haya encontrado justificación en algún texto de la Sagrada Escritura, cuando se la interpreta sin sujeción á la tutelar autoridad de la Iglesia.

¿Pues qué debemos pensar de un principio, como este principio del protestantismo, que produce tales consecuencias?

XIV.

¿Prohíbe la Iglesia católica que se lea la Biblia?

La Iglesia, que ha recibido de las manos de Dios las Santas Escrituras, no tiene deseo más grande que el de ver á sus hijos nutriéndose de la divina palabra y meditando sus oráculos. Sin embargo, ella quiere que esta lectura excelente, vaya acompañada de ciertas precauciones, que la fe y la experiencia prescriben igualmente á su maternal prudencia. La Iglesia se acuerda de que Satanás se sirvió de la Sagrada Escritura para tentar á Jesucristo en el desierto; como también de que los escribas y fariseos combatían al Divino Maestro y á sus Apóstoles, en nombre de la palabra de Dios. No olvida tampoco la Iglesia, que el príncipe de los Apóstoles San Pedro, el primer Papa, hablando de las Escrituras divinamente inspiradas, enseñaba: "Que hay en ellas pasajes difíciles de comprender, los cuales hacen servir para su propia ruina, depravándolos algunos hombres sin doctrina y de voluble espíritu, y que lo mismo sucede con todas las Escrituras." (Ep. 2^a de San Pedro, cap. 3^o ver. 16.) Más aún: la misma Sagrada Escritura es la que obliga á la Iglesia á dar con prudencia este divino alimento á sus hijos. La experiencia se une á la fe en esta materia tan grave; y el ejemplo de lo sucedido

con todos los herejes, especialmente con los herejes modernos, la ha hecho ver que esa lectura de la Biblia pudiera ser muy peligrosa en ciertas condiciones, y especialmente en las traducciones hechas á la lengua vulgar. De todo esto ha sacado la Iglesia algunas reglas muy sencillas y muy sábias, las cuales han sido impuestas por ella, no para impedir la lectura de la Biblia, sino para evitar los peligros que la acompañan.

La primera de esas reglas es que debemos recibir de los legítimos pastores de la Iglesia, solamente ellos, el texto y la interpretación de la Sagrada Escritura, no sea que, como añade el Apóstol San Pedro: "hechos juguete de los errores de falsos doctores, los cristianos pierdan aquella solidez de doctrina que les es propia." (*Ne insipientium errore traducti, excidatis á propria firmitate.*)

Luego la Iglesia ordena que no se ahga uso de ciertas traducciones de la Sagrada Escritura, cuidadosamente examinadas y aprobadas por la autoridad eclesiástica, para que así los fieles, cuando la lean, estén seguros de que leen la palabra de Dios y no la humana palabra de algún traductor ignorante ó pérfido. Además, quiere la Iglesia que se consulte su autoridad, antes de leer la Escritura, para saber si el que pretende hacer esa lectura, está con las disposiciones convenientes de inteligencia y de corazón, para sacar provecho de semejante lectura. Basta referir estas reglas prácticas, para hacer comprender la profunda sabiduría que las ha dictado. Pero ellas son, no solamente sábias, sino también necesarias.

Con esto la Iglesia muestra cuanto más caso hace ella de la santa palabra de Dios, que no esos temerarios novadores; los cuales bajo pretexto de poner aquella divina palabra al alcance de todos, la han arrojado al cieno y profanado indignamente. La Iglesia católica sola respeta la Biblia, porque ella es la única que conoce su santidad y comprende su verdadero uso.

Pero añadiré aquí un hecho que muchos ignoran, á saber, que se lee mucho más la Sagrada Escritura en el seno de la Iglesia católica, que entre los protestantes, á lo me-

nos los de Francia. En la misa se leen cada día pasajes del Antiguo Testamento, ó de las Epístolas de los Apóstoles, como también los textos más notables é importantes del Evangelio. Muchos católicos llevan consigo el Nuevo Testamento, ó por lo menos los cuatro Evangelios, cuya práctica piadosa es de regla en los Seminarios. Pocos sacerdotes hay que no consagren cada día cierto tiempo, á la lectura y meditación de la Sagrada Escritura. Yo no sé si los pastores protestantes leen mucho la Biblia; pero me consta que no la leen sus ovejas. En muchas familias protestantes los padres prohíben, y por cierto no sin razón, esa lectura á sus hijos, pues hay muchos pasajes que prudentemente no se pueden poner á la vista de los jóvenes de ambos sexos.

La Sagrada Escritura es ante todo un libro sacerdotal, el libro de los presbíteros; los cuales como encargados de enseñar y santificar á los fieles, reciben este depósito, el más precioso después de la Eucaristía. Ellos le explican al pueblo, alimentando á las almas con las divinas verdades, de que ellos se han nutrido previamente á sí mismos. Ellos son los que tienen la misión de hacer amar y respetar la Sagrada Escritura, distribuyendo su contenido á cada uno según sus necesidades, conservando así la palabra de Dios su carácter esencial, que es el de ser *luz y vida*.

Los sacerdotes santos, y los verdaderos cristianos, tienen á la Sagrada Escritura un respeto y un amor inefables. El grande Arzobispo de Milán, San Carlos Borromeo, que fué el ilustre reformador del clero en Italia durante el siglo XVI, no leía la Biblia sino de rodillas y con la cabeza descubierta, habiéndosele visto alguna vez hasta cuatro horas seguidas, ocupado en este divino trabajo. San Felipe Neri regaba con sus lágrimas las sagradas páginas, que sabía de memoria. Lo mismo les sucedía á San Francisco de Sales y á San Vicente de Paul. El Sr. Olier, reformador de la disciplina eclesiástica en Francia, tenía á la Biblia en una veneración admirable. Había hecho empastar un ejemplar en plata maciza y jamás le ponía al lado de los otros libros. Antes de abrirle se vestía de sobrepelliz y leía de rodillas, como

San Carlos, á pesar de sus enfermedades. La piadosa compañía de San Sulpicio, que dirige una gran parte de los Seminarios de Francia, inspira esos mismos sentimientos de religión á los jóvenes eclesiásticos, los cuales se apresuran á seguir esa dirección tan católica. *Jesús* es el Maná oculto de las Escrituras. ¡Bienaventurado el que le encuentra! ¡Dichosa el alma fiel que con la luz de la Santa Iglesia y de la verdadera fe, estudia con espíritu de piedad, con amor y con deseo de santificarse, la adorable palabra de Dios, haciendo de ella después del Santísimo Sacramento del Altar, el sólido alimento de una virtud positiva y verdadera!

XV.

Por qué las sociedades bíblicas están condenadas por la Iglesia.

Preguntábame un católico muy piadoso, que medita la Sagrada Escritura para robustecer su vida religiosa: ¿si las sociedades bíblicas no hacían una cosa útil á las almas, sirviendo de auxiliares á la Iglesia católica, sin saberlo cuando, distribuyen á racimos los ejemplares de la Biblia? Este buen hombre se maravillaba de que el Papa Gregorio XVI, hubiese marcado indeleblemente á esas sociedades, con un sello de reprobación, llamándolas *Pestes*.

La respuesta está dada por un protestante alemán, hombre de claro talento, el Doctor Leo, el cual dice sobre este particular: "El Papa ha llamado *Pestes* á las sociedades bíblicas; y si yo fuera Papa é italiano, confieso que haría lo mismo. Tengamos la buena fe de examinar un poco lo que van á hacer en los países católicos esos emisarios de las sociedades protestantes inglesas, con una falta sin límites de delicadeza y pudor. Todos los medios les parecen buenos para propagar la Biblia. La ponen, sin discernimiento en las manos de los hombres menos aptos para comprenderla. Siembran doctrinas que infunden confusión en los espíritus, hieren la moralidad, minan la autoridad social y el órden eclesiástico; y en resúmen, son

una acción revolucionaria. Las sociedades bíblicas en estos últimos tiempos, han servido de instrumento á los autores de las maquinaciones execrables, que han trastornado la Italia: además, el celo protestante abre un camino á la política y al comercio inglés, que se introducen en Italia con una Biblia en la mano. La Biblia es la piel de oveja con que se disfraza el lobo.”

He aquí la cuestión juzgada por un protestante. La Biblia protestante no es mas que una hipócrita piel de oveja, con que se disfrazan á la vez la incredulidad y la revolución.

XVI.

La Biblia, toda la Biblia, nada mas que la Biblia.

He aquí el grito que el vulgo protestante, así como sus grandes doctores no cesan de dirigir á los católicos. “La Biblia es toda la religión. Si leéis la Biblia, estais seguro de encontrar en ella la fe y la salvación. Si quereis quitarnos de las supersticiones romanas, leed la Biblia. Si aspirais á tener una religión cómoda, fácil y sin prácticas severas, haceos de una Biblia. Si deseais contaros por convertido y predestinado, aceptad una Biblia.” He aquí la charla protestante.

Pero aunque es falso é imposible un principio, según el cual un libro, diversamente interpretado, pueda ser la regla de la fe, todavía los protestantes que lo han inventado, si fueran menos ilógicos, deberían respetarle y tomarle por lo sério. Sin embargo, nada de eso; y no hay mas que abrir una Biblia, para encontrar entre el texto sagrado y las doctrinas protestantes, enormes contradicciones, sobre los puntos más importantes. Véamoslo.

Creencias y prácticas protestantes.

Los ministros protestantes dicen: “No hay otra autoridad en religión que la Biblia. A ella sola se debe creer. Toda enseñanza que viene por medio del hombre, si es que no reproduce el texto de la Biblia, es usurpación y mentira.”

Los ministros protestantes dicen: “En religión no hay que obedecer á nadie, sino á la Biblia, á la pura palabra de Dios.”

Los ministros protestantes dicen: “Los obispos están de sobra, su ministerio es usurpado.”

Los ministros protestantes dicen: “La Escritura es fácil de entender; y leyéndola está uno al abrigo de todo error.”

El Divino Salvador, como es sabido, nada escribió, ni recomendó á los Apóstoles que escribieran, ni dijo palabra alguna que indicara á los cristianos, que ellos deberían leer

Textos de la sagrada Escritura

Jesucristo dijo á los doce Apóstoles: “Como mi Padre me envió, así yo os envié.” (San Juan, IV, 58.) “Todo poder se me ha dado en el cielo y en la tierra: id, pues, enseñad á todos los pueblos... instruyéndolos para que guarden mis mandamientos.” (San Mateo XXVIII, 15.) “Quien os oye me oye, quien os desprecia me desprecia.” (San Lucas X, 16.)

Y San Pablo dice: “Obedeced á vuestros conductores y someteos á su autoridad; porque ellos son los que velan por vuestras almas, como que de ellas deben dar cuenta.” (Hebr. XVIII, 17.)

San Pablo dice á los Obispos: “El Espíritu Santo os ha establecido Obispos para gobernar la Iglesia de Dios. (Act. XX, 28.)

San Pedro dice, hablando en particular de las Epístolas de San Pablo: “En estas Epístolas hay ciertos pasajes de difícil inteligencia, que ciertos hombres ignorantes y ligeros apartan de su verdadero sentido, así como las otras criaturas, para su propia ruina.” (Pet. II, III, 16.)

lo que escribieran los Apóstoles. Así es que en la primitiva Iglesia se oraba, se ayunaba, se recibía el bautismo y la santa comunión, se practicaba la religión entera y se obtenía la salvación, sin leer el Evangelio, que aun no estaba escrito. Esta pequeña observación, que ya he sometido al juicio del lector en otra parte, echa por tierra el gran dogma protestante, de que es necesario leer la Escritura, para conocer la religión y salvarse. ¿Pues qué ha hecho Nuestro Señor Jesucristo para establecer y conservar la religión? Ha mandado á los Apóstoles que la prediquen y esto es todo. Los Apóstoles juzgaron útil poner por escrito una parte de su enseñanza, y los rasgos principales de la vida de su Divino Maestro, que son los que forman el Evangelio. Por lo demas, ellos continuaron enseñando de viva voz, y esta es la *tradicición*. Así es que la *tradicición* tiene una autoridad divina, lo mismo que el Evangelio. Pero volvamos á los testos, para ver si lo que dicen los ministros protestantes concuerda con la Sagrada Escritura.

Los ministros protestantes dicen: "No queremos tradiciones."

Los ministros protestantes dicen: "Todo lo que *Jesús* ha hecho y dicho se encuentra en el Evangelio."

Los ministros protestantes dicen: No hay otra doctrina de los Apóstoles, sino la que nos dejaron escrita."

San Pablo dice: "Conservad las *tradiciones* que habeis recibido, ya por mis discursos, ya por mis cartas." (Thess. II, 14.)

San Juan dice al concluir su Evangelio: "Jesús ha hecho aún otras muchas cosas." (Joan XXI, 25.)

San Pablo dice al Obispo Timoteo: "Lo que has aprendido de mí delante de muchos testigos, dalo en depósito á hombres fieles, que sean capaces de instruir á otros." [II, Tim. II, 2.] Y San Juan dice: "Aunque tuviera muchas cosas todavía que escribieron, no he querido hacerlo con papel y tinta, esperando ir á veros y hablaros de viva voz."

Los ministros protestantes dicen: "La justificación y la salvación del hombre se alcanza por la fe sola. Las obras son inútiles y sin eficacia."

Santiago dice: "Hermanos míos. ¿De qué os servirá haber tenido la fe sin las obras? ¿La fe sola podrá salvaros? Así es, que la fe sin la obra es fe muerta.... Nuestro Padre Abraham ¿no se justificó por las obras cuando ofreció á su hijo Isac? Ya veis, pues, que por las obras se justifica el hombre y no solamente por la fe." [II, 14 y sig.]

Quando se emprendió la pretendida Reforma, un pintor tuvo la ocurrencia de pintar un cuadro del Santísimo Sacramento. En medio estaba Nuestro Señor Jesucristo, dando la comunión á los Apóstoles y pronunciando las sagradas palabras: "Este es mi cuerpo." Un poco más abajo, estaba á un lado Lutero, dando la cena á los suyos y diciendo: "Este contiene mi cuerpo;" y Calvino al otro lado hacía lo mismo, diciendo: "Esta es la figura de mi cuerpo." En el fondo escribió el artista: *¿A cuál de los tres debemos creer?* Este cuadro era más elocuente que los largos discursos.

Los ministros protestantes dicen: "El Salvador no ha querido dar su carne á comer; ese es un error forjado por la Iglesia Romana."

Nuestro Señor Jesucristo dice por S. Juan, cap. VI, vers. 48 y siguiente: "Yo soy el pan vivo bajado del cielo.... El que coma de este pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré es *mi carne*, para la vida del mundo." Los judíos disputaban entre sí, diciendo: ¿Cómo nos dará éste su carne á comer? Y Jesús les dijo: "En verdad, en verdad os digo: Si no comeis la carne del Hijo del Hombre y no bebeis su sangre, no tendreis vida en vosotros, porque mi carne es verdaderamente comida y mi sangre verdaderamente bebida."

Los ministros protestantes dicen: "Solo Dios perdona los pecados. El no ha comunicado á los hombres el poder de perdonarlos."

Y Jesucristo dice á sus enviados: "Recibid el Espíritu Santo: á quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados; y á quienes los retuviereis, les serán retenidos." (San Juan, XX, 22.) "Todo lo que desatareis sobre la tierra será desatado en el cielo."

Fácil sería proseguir en esta confrontación, que hace evidente la oposición que reina sobre una multitud de puntos, entre la enseñanza de los pastores protestantes y la palabra de Dios, á la cual dicen ellos que altamente veneran, protestando que la aceptan en su totalidad. En vista de esta demostración ¿á qué queda reducido el famoso tema de los protestantes "La Biblia y toda la Biblia?"

De ahí es que muchos protestantes, viendo esas consecuencias, se avanza hasta desechar enteramente la Biblia, sobre la cual no pueden apoyar sus doctrinas. Una turba de pastores protestantes, la considera como un libro puramente humano. El Magistrado de Berlín decía al rey de Prusia, en una alocución que le dirigió á nombre del protestantismo berlinés: "Para la mayoría de los protestantes, la Escritura y los libros simbólicos, son testimonios sobre el trabajo de formación del cristianismo *son obras puramente humanas*; más no está ahí la verdad absoluta." [1]

Para dar el último toque á este cuadro, el profesor Schoerer, de Ginebra, adversario declarado de la inspiración de la Biblia, llama á las Santas Escrituras: *Una ventrílocua cabalística*. [2]

¡He aquí lo que el protestantismo ha hecho por la Biblia!

(1) Memoria sobre la instrucción pública en Alemania, por E. Rendu.

(2) La crítica y la fe, pags. 20 y 22.

XVII.

Los sacerdotes católicos y los ministros protestantes.

Se forma frecuentemente, á lo menos en Francia, una idea muy errada de los ministros protestantes, considerándolos como una especie de sacerdotes revestidos de un carácter sagrado y especial, que distinguiéndolos de los demás sectarios, les dá sobre éstos autoridad en materia de religión. Gracias á esta equivocación, que dichos ministros conocen y esplotan, se suele poner en paralelo al protestantismo y sus ministros, con la Iglesia y sus sacerdotes. Pero la base de esa idea es radicalmente falsa y es bueno aclarar estas cosas.

¿Qué es un sacerdote?

Un sacerdote es un hombre consagrado á Dios exclusivamente, por medio del sacramento del orden que ha recibido, y este sacramento le imprime, en nombre de Jesucristo, un carácter inviolable y santo; le da la potestad, al mismo tiempo que le impone el deber de enseñar á los hombres, de celebrar el sacrificio de la Misa, de perdonar los pecados y de santificar al pueblo fiel. Por este sacramento, el sacerdote participa de la autoridad de Jesucristo sobre las almas. Por ese mismo sacramento se hace sacerdote para siempre, tanto, que siempre es y será sacerdote, aun cuando no quisiera serlo; de manera que el poder y la santidad de su ministerio, son absolutamente independientes de sus cualidades personales.

Veamos ahora lo que es un ministro protestante. Es difícil definirle, porque el ministro protestante, lo mismo que el protestantismo, es un Proteo, que siempre se desliza entre las manos, cuando se cree tenerle aprehendido. Lo que respecto de él es verdad en París, no lo es en Londres; y si se llega á dar de él una buena definición en la capital de Inglaterra, esa definición resultará defectuosa en la capital de Prusia, y así sucesivamente.

Sin embargo, en medio de esa variedad de especies, queda el género; y éste, visto en conjunto, ha sido defini-

nido por el conde de Maistre, en los siguientes términos: "Un pastor protestante es un señor vestido de negro, que los domingos dice en el púlpito ocurrencias decentes."

Yo, con mayor severidad, diría que el ministro herético es un hombre que se toma la culpable misión de atacar, en nombre del Evangelio, á la Iglesia de Jesucristo, y de pagar ó de conservar el error entre los hombres.

Digo que él se toma esta misión, porque Dios no se la dá. Dios ha enviado á los hombres, los Apóstoles y los sucesores de los Apóstoles, que son los pastores de la Iglesia católica, con la cual está de continuo el mismo Dios. He aquí la misión divina, la única misión pastoral y evangélica. La imposición de manos, los nombramientos de los consistorios protestantes y los sueldos pagados por el gobierno, no pueden conferir un carácter religioso, ni pueden dar una misión divina. Nada reemplaza al Espíritu Santo, ni suple al sacramento del orden.

Digo además, que el ministro protestante es culpable y muy culpable, porque él ataca la obra de Jesucristo, combate á la verdadera fe, é incurre en el anatema de San Pablo, lanzado contra todo hombre que predica una doctrina opuesta á la de la Iglesia. Quiéralo ó nó, esté ó no esté en la buena fe, el ministro herético hace la obra del demonio, arrebatando á los cristianos la fe, que es el fundamento de la salvación.

Las buenas cualidades que pueden tener los ministros protestantes, en nada cambian la cuestión, porque su oficio es el perverso, no su persona. Si tienen regularidad de conducta y talento, apreciamos su persona; más no por eso su obra anticatólica es menos detestable, ni menos digna de que toda alma cristiana la abomine. Los hombres superficiales confunden ordinariamente dos cosas: olvidan el fondo por la forma, el hombre les hace olvidar al hereje.

¿Sabeis en qué consiste realmente la fuerza, si alguna tienen, de los pastores protestantes? No está esa fuerza ni en sus palabras, ni en sus doctrinas, ni en sus virtudes, sino que por un instinto católico, en sí verdadero, pero ilógico en ellos, han conservado los protestantes, á su pesar,

una autoridad visible, viva y elocuente en materia de religión. En esto se ve, como en todo, que en el protestantismo no hay nada vivo, sino lo que usurpa al catolicismo. Pero es cosa deplorable ver algunas pobres almas, á veces buenas y honradas, entregadas á la dirección de hombres sin creencias fijas, que cambian á cada viento de doctrina, y que frecuentemente no creen en nuestro Señor Jesucristo.

Se injuria al sacerdocio católico, comparándole con los ministros de las sectas protestantes. Así como el protestantismo no es una religión, dígame lo que se quiera, tampoco sus ministros tienen la autoridad de *sacerdotes*, por más que ellos hagan para darse aires de tales.

Me parece inútil hacer aquí un paralelo, entre los misioneros católicos y esos que se llaman misioneros protestantes. Todo el mundo conoce la nulidad religiosa de esas pretendidas misiones, que más se ocupan del comercio inglés del algodón y del ópio, que de la gloria de Dios. Su principal resultado, bajo el punto de vista de la fe, es contrariar el celo de nuestros Apóstoles mártires.

XVIII.

En qué sentido el sacerdote católico es mediador entre Dios y los hombres.

Sucede con frecuencia que los ministros protestantes, imitando á Rousseau y Voltaire, echan en cara á los sacerdotes católicos, que se ponen entre Dios y el hombre, interceptando las comunicaciones del Criador con la criatura. Fundado sería este reproche, si los sacerdotes católicos se colocasen en esa posición sin orden del cielo, como efectivamente lo hacen los pastores protestantes. Pero los sacerdotes católicos no cometen en esto una usurpación, pues no hacen más que obedecer á Aquel que los ha enviado para predicar la religión verdadera, para combatir los errores, para santificar y salvar las almas, para absolver los pecados y para dispensar á los fieles los divinos misterios.